

ATAHUALPA EN LA LITERATURA HISPÁNICA

CARLOS GARCÍA BARRÓN
Universidad de California, Santa Bárbara

El tema de la conquista y colonización del Perú ha sido objeto de varias obras de desigual calidad literaria. Antes de examinar tres de ellas, conviene repasar someramente los hechos históricos relacionados con el Perú a la llegada de Pizarro y en particular centrarnos en la figura de Atahualpa.

Recordemos que el imperio incaico se encuentra a la sazón en un período de graves luchas intestinas ocasionadas por la rivalidad entre Huáscar y su hermano Atahualpa. Aquél, desde el Cuzco, sede de la capital imperial, recela acertadamente de Atahualpa quien instalado en Quito se niega a comparecer ante su hermano para rendirle pleitesía a la vez que inicia una campaña militar destinada a destronar a Huáscar. En una emboscada, Chaculchima, uno de los generales de Atahualpa, logra apresar a Huáscar cuando éste se dirige con sus tropas hacia Quito. La desbandada de los soldados cuzqueños y subsiguiente ejecución de Huáscar por orden de Atahualpa prepara el camino para que se pueda trasladar al Cuzco y asumir las funciones y prerrogativas del Inca.

Atahualpa, sin embargo, tiene que hacer frente a la inesperada presencia de Pizarro y sus hombres a los que intenta persuadir mediante obsequios para que abandonen esas tierras. Al ver que su política no da resultados, opta por hacerse con los españoles en un lugar seguro donde pudiera aniquilarlos y ese sitio vendrá a ser Cajamarca. Pizarro desconfía de la invitación de Atahualpa y levanta su campamento en las afueras de Cajamarca. Estamos en noviembre de 1532 mes en el que la gente de la tierra peruana celebra sus difuntos con llantos y lamentos, presagio de la tragedia que va a acontecer. Por fin, Pizarro y sus huéspedes acceden y entran en Cajamarca la mañana del 15 de noviembre de 1532 encontrando la ciudad desierta a excepción de algunas mujeres. El profesor Manuel Ballesteros nos ofrece esta versión de aquel inolvidable día:

Pizarro aloja a los españoles en Cajamarca, envía emisarios a Atahualpa, para saber si han de visitarlo en su campo, o si vendría a entrevistarse con ellos en Cajamarca. Pasa la noche en vela toda la hueste, preparada para cualquier ataque. Al día siguiente, 16 de noviembre, se ve aproximarse, a paso lentísimo, a la comitiva del Inka, con amplio y lúcido cortejo. Éste llega finalmente a la plaza, y sale, para entrevistarse con él, el jefe de la hueste —Francisco Pizarro— con Fray Vicente de Valverde, acompañados por el guancavilca Felipillo, con intérprete. Pizarro le dice que viene en nombre de un poderoso Emperador, a revelarles a los indios la verdadera Fe. Valverde entrega su breviario al Inka, que lo ojea y sin entenderlo lo arroja lejos. El P. Valverde grita que ha sido pisoteada la religión, y a sus gritos salen de las casas de la plaza los españoles, y atacan a la comitiva del Inka. Pizarro se precipita sobre los portadores de las andas reales, y aprisiona a Atahualpa.¹

Una vez prisionero Atahualpa ofrece, a cambio de su vida, llenar de oro la habitación en que estaba preso. Pizarro acepta inmediatamente y pide además que se llenen también dos veces de plata el cuarto inmediato. Para cubrir este espacio con oro y plata pide el Inca dos meses de tiempo que le fueron concedidos. Una vez en manos de Pizarro procede éste a repartir el botín apartando una quinta parte que correspondía al emperador de España.

Pese a haber cumplido su promesa, Pizarro presionado por Fray Vicente de Valverde y conocedor de rumores que indican que tropas fieles a Quisquis, lugarteniente de Atahualpa, continúan en pie de guerra, endurece su postura respecto a Atahualpa. Han llegado nuevas tropas españolas y el Inca ha perdido a su único defensor, Hernando Pizarro, que ha vuelto a España con la parte correspondiente a la Corona. Pizarro requiere más testimonios de los indios que informen de las malas intenciones de Atahualpa. Llega finalmente el momento del juicio de éste que es condenado a muerte por «las crueldades que había cometido en la guerra, por la muerte de su hermano y, sobre todo, por conspirar contra la seguridad de los españoles».² Fray Vicente convence a Atahualpa a última hora para reciba el bautismo salvándose así de ser quemado. Muere ahorcado el 26 de julio de 1533.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, acerquémonos ahora a la primera de las obras que queremos estudiar. En el *Diario de Madrid*, número 66, de 1799, se reproduce íntegramente «La tragedia Atahualpa» galardonada con el premio de la Villa de Madrid. Cabe pensar que se llevase a cabo un certamen sobre el cual, por otra parte, no aparece ninguna referencia en la prensa de Madrid a lo largo de ese año. El autor es D. Cristóbal María Cortés, desconocido dramaturgo. La obra consta de cinco actos, en verso y se aparta un tanto de los preceptos

1. Manuel BALLESTEROS, *La caída del imperio Inca. La visión de los vencidos*, Madrid, Ediciones Forja, 1982, p. 105.

2. *Ibid.*, p. 128.

del teatro neoclásico ya que si bien hay unidad de acción y de lugar, rompe con la del tiempo.

En forma sintética, la obra se puede resumir de la siguiente forma: Atahualpa, usurpador del reino incaico, tiene prisionero a Huáscar, legítimo heredero al trono. Durante tres años ha vacilado acerca de qué hacer con él. Finalmente le propone a Mama Varcay, mujer de Huáscar, que se case con él a cambio de la vida de su hija, Coya. Mama Varcay, personaje de fuerte carácter y conocedora de la perfidia de Atahualpa, no accede a esta propuesta ni tampoco a que Quisquis, teniente de Atahualpa, se case con su hija. Huáscar mientras tanto desde su celda presiente que se acerca el día de su muerte.

Llega ahora Pizarro quien al enterarse de la situación de Huáscar manda a salvarle... pero llega muy tarde. Almagro, lugarteniente de Pizarro, si bien le es fiel a su jefe, es partidario de dar muerte a Atahualpa como culpable del homicidio de Huáscar. Pizarro, sin embargo, prefiere esperar hasta recibir órdenes del emperador Carlos V. Surge entonces un imprevisto motín entre la tropa de españoles y los peruanos y en la refriega muere Atahualpa. Al enterarse de este suceso y pensando que su marido Huáscar aún vive, Varcay exclama:

De este Imperio
será dueño otra vez; y si en su mano
está el premiar ¿qué premio podrá darle
a quien lo debe todo? Asegurado
podéis estar, que partirá no sólo
sus bienes, sus riquezas; sino el mando,
poder y autoridad, con quien ha sido
su amparo generoso. Señor, vamos.
Vamos; no dilaremos este gusto
a mi adorado esposo.³

Mas no será éste el feliz desenlace de la obra puesto que en la última escena Varcay se entera de que Huáscar también había muerto, desprendiéndose de las palabras de Almagro que su muerte había acaecido a manos de Atahualpa antes de que pudiera haber sido rescatado por los españoles.

El cotejo de los hechos históricos con la trama de esta obra pone de manifiesto la considerable distancia que media entre ambas. Sabemos que Atahualpa no tuvo prisionero a Huáscar por tres años ni que le ofreciera salvarle la vida a su mujer si se casaba con él; ni tampoco es cierto que Pizarro quisiera rescatar a Huáscar ni que esperase a recibir permiso de Carlos V para juzgar a Atahualpa. En cuanto a la postura española, el dramaturgo se cuida de que Pi-

3. «Atahualpa. Tragedia premiada por la Villa de Madrid. Su autor Don Christoval María Cortés», *Diario de Madrid*, n.º 66, 1879, p. 27.

zarro y sus hombres salgan bien parados. Veamos también cómo a la hora de aludir a la muerte de Atahualpa no entra en detalles y mucho menos señala el papel de Pizarro en este asunto. Cabe suponer que *Cristóbal María Cortés* conocía las crónicas que narran estos sucesos y que consciente de ello decidió hacer la historia a su modo pasando por alto algunos hechos históricos poco favorables a los españoles, tal como la ejecución de Atahualpa. Claro es que el dramaturgo no tenía porqué temer a la crítica teatral de la época considerando el bache por que atraviesa el teatro español de aquel entonces. De ahí que no nos sorprenda la buena acogida que aparentemente tuvo su obra y el premio que recibió.

A los cien años de representarse esta pieza en Madrid aparecen otras obras tanto en verso como en teatro que retoman el tema de Atahualpa. Valga como botón de muestra este poema publicado en Lima, en *La revista peruana* en 1879.

LA MUERTE DE ATAHUALPA

por
Domingo Vivero

Era de noche: sanguinoseas teas
La hoguera del tormento iluminaba,
Junto a ella el Inca, en ademán altivo,
Oía sollozar a su esperanza!
Encarnado en un hombre el fanatismo
Oraciones de muerte murmuraban,
Y eco repetía los quejidos
de la doliente muchedumbre incana.
«Lloremos y muramos, un anciano
Con la faz cadavérica— exclamaba:
»En el cárdeno fuego de esa hoguera
»Va a tomarse en cenizas nuestra raza.
»Cumpliendo está el pronóstico siniestro...
»El enemigo de poblada barba
»Torna en desierto las floridas vegas
»Y se derrumba el imperio con su planta!
»Sin la imperial diadema nuestro padre
»En premio a su virtud la muerte alcanza...
»Ah! si pudiera mi extenuado brazo
»Tender el arco o esgrimir el hacha!»
Los labios del anciano enmudecieron,
Y asomando a sus párpados las lágrimas
Con la acerada punta de una flecha
Inoculó la muerte en sus entrañas!

II

Consumóse del Inca el sacrificio...
Y ensordeciendo el valle y la montaña,
Oyóse un grito de dolor supremo
que estremeció de compasión las almas!
Creyó en su ingenuidad la muchedumbre
Que era el inca inmortal que los llamaba;
y la ibérica turba al escucharlo,
con pavor arrojando las espadas
escuchó en esa voz desconocida
La maldición de la Justicia Santa.⁴

Fiel a la leyenda, el autor presenta a los conquistadores como un vaticinio que viene a cumplirse «Cumplido está el pronóstico siniestro». Atahualpa se representa como un dechado de virtudes, «en premio a su virtud la muerte alcanza» que muere sacrificado por los españoles. El anciano prefiere suicidarse a presenciar la muerte de su jefe a la vez que la muchedumbre ignorante continúa creyendo en la inmortalidad del Inca. Los españoles asustados ante el grito huyen despavoridos mientras que el narrador invoca la «maldición de la justicia santa» como venganza por este crimen.

Este poema contiene elementos románticos como el suicidio, muerte en la hoguera, gritos misteriosos, venganza, etc., reflejando así el gusto literario del romanticismo, movimiento que para esas fechas iba desapareciendo en España pero que continuaba en vigor en Hispanoamérica. El poeta utiliza su imaginación para dar mayor realce a ciertos aspectos de su poema como, por ejemplo, la muerte de Atahualpa que como sabemos no perece en la hoguera sino en la horca. Si la primera de estas dos obras pecaba en favor de los españoles, esta última es claramente favorable a Atahualpa, personaje que no fue precisamente un santo.

La tercera y última versión del tema de Atahualpa es fruto de Juan Valera y es una obra teatral publicada por primera vez en la *Revista de España* en 1878. Valera advierte y reconoce públicamente sus limitaciones en cuanto a este género. En la dedicatoria a la Marquesa de Heredia, después de ponderar el género dramático, confiesa que,

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine usted lo que me pasará de no poder escribir para el teatro; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino ... Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos, a la zarzuela, en un tomito, bajo el título común, y no me negará usted que

4. *Revista peruana*, Lima, Imprenta Liberal, 1879, t. I., p. 26.

modesto, de *Tentativas dramáticas*. Una de estas tentativas se titula *La venganza de Atahualpa*; la otra, *Asclepigenia*. Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y principalmente la segunda, son de lo menos malo que he escrito yo en mi vida.⁵

De hecho ninguna de estas dos obras llegaron a ser representadas, lo que se comprende puesto que, a juzgar por «La venganza de Atahualpa», ambas dejaban mucho que desear. Resumamos a continuación el contenido de ésta. La acción se lleva a cabo en Extremadura allá por 1542. Escrita en prosa, está dividida en tres jornadas. Francisco de Cuéllar abandona sus estudios en Salamanca para juntarse a la expedición de Pizarro en el Perú donde hace fortuna regresando a Extremadura para casarse con la joven Laura de la que se había enamorado antes de su partida hacia el Perú. Sin embargo, a su regreso se encuentra con que Laura ya no es la misma, lo que le lleva a sospechar que hay otro hombre por medio.

El único que conoce lo que ha sucedido es el padre Antonio quien por su condición religiosa no puede divulgar la identidad del amante. A todo esto regresa también del Perú el hermano de Laura habiendo malgastado su fortuna y con la esperanza de reanudar relaciones amorosas con su tía, Doña Brianda. Ésta no se fía de Rivera ni de sus declaraciones de amor. Brianda se compara con Atahualpa al que habiéndosele concedido la libertad y comprada ésta con todo el oro que poseía, fue muerto vilmente. El padre Antonio responde a este cargo con palabras que reflejan el deseo de eximir de culpa a los españoles:

El Inca fue juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta a Dios de la sentencia.⁶

El padre Antonio quiere que Rivera tenga «la debida reparación» por la pérdida del honor de su hermana pero *no* lavada con sangre. Brianda se considera ultrajada y abandonada por su ex-amante Rivera, que ahora se cree alguien importante. Mientras tanto, Laura confiesa a Irene, amiga de la familia, que ella amó al hombre que la deshonró y que nunca más le volvió a ver. ¿Quién pudo haber sido ese misterioso seductor? Y ahora viene lo más grave y es que Irene también conoce su identidad pues resulta ser... ¡su propio hijo! Rivera ama de veras a su hermano y, siendo ésta huérfana, le corresponde obedecer a su hermana mayor. Laura, de acuerdo con la tradición literaria, decide meterse a monja, en contra de los deseos de Rivera que la quiere casar con Cuéllar.

A todas estas complicaciones se añade el que aparezca en escena Fernando, el hijo de Irene, de tumultuosa trayectoria pues había peleado como comunero

5. Juan VALERA, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1958, t. I, p. 1245.

6. *Ibid.*, p. 1255.

en Villalar y luchado contra los franceses en Pamplona. Se jacta igualmente de haber defendido a la viuda de Juan de Padilla viéndose forzado a buscar refugio en Portugal. Ahora vuelve a Extremadura de incógnito y es así como conoce a Laura. Nos enteramos de pasada que Brianda había alentado los deshonestos propósitos de Fernando con respecto a Laura. El padre Antonio, que observa todo esto desde cerca, promete colaborar para que no haya violencia y se casen Fernando y Laura. En una escena profundamente romántica, Fernando pide perdón a Laura y ésta, aunque al principio insiste que sólo será de Dios, sucumbe al final y declara que también le ama. Este desenlace no coincide con los propósitos de Cuéllar que trama un plan para arrebatarse a Laura cuando Fernando salga de cacería. Opina que Rivera tenía que haber matado a Fernando y sospecha que éste se casa con Laura no por amor sino para poder disfrutar de la fortuna de su futura mujer. Como era de esperar la sangre llegará al río. Se concierta un duelo entre Fernando y Cuéllar, duelo que el padre Antonio trata de evitar infructuosamente. Muere Cuéllar, se suicida Brianda y se casan Fernando y Laura. Las últimas palabras de Fernando nos recuerdan un tanto al *Don Álvaro* del Duque de Rivas al exclamar:

Yo no peleo por venganza sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Vénguese de ti por mi mano los indios del Perú y el Inca Atahualpa.⁷

Asume de esta manera una postura justiciera de acuerdo con su conducta anterior pero difícilmente convincente en este caso. Si bien antes el padre Antonio había defendido la acción española contra Atahualpa remitiendo a Dios el veredicto final, Valera, a través de Fernando, parece querer dar con el fiel de la balanza. Sin embargo, las palabras de Fernando no convencen pues no hay nada en su pasado que le relacione con el Perú, con los Incas, o el propio Atahualpa. La obra de Valera es en definitiva muy deficiente y bien merece el nombre de ser una mera «tentativa dramática» como él mismo la titula.

En suma: ninguna de estas tres obras despunta por su brillantez literaria. Son, no obstante, curioso testimonio del interés que suscitó la muerte de Atahualpa tanto en el Perú como en España en obras que reflejan el sentir de sus respectivos autores.

7. *Ibid.*, p. 1270.